



EVOCACION DE JANUARIO ESPINOSA

por DAVID PERRY

El Instituto Chileno Árabe de Cultura, en cumplimiento de la finalidad para la cual fué creado, celebró en agosto último, en la Universidad de Chile, una velada destinada a recordar a los escritores chilenos Domingo Melfi, Januario Espinosa, Augusto d'Halmar, Tomás Gatica Martínez y Salomón Ahués.

«Atenea», en su afán de contribuir a la cultura chilena, publica estos trabajos adhiriendo a este homenaje con que la mencionada entidad honra a quienes dedicaron su vida, con encendida fe, a enaltecer los valores del espíritu».

N. de la D.

Al evocar la figura de Januario Espinosa, lo que más nos deleita el espíritu es la contemplación de su belleza moral. Abierto y generoso, parecía ir siempre en busca de algo o alguien a quien admirar, de extasiarse ante lo grande y hermoso, de vibrar en éxtasis de superación.

Cierta vez, nos hizo presente que en su sangre había una vena británica. Ello nos sorprendió un poco, pues su apariencia física delataba mas bien una fuerte raíz aborígen. Pero la mezcla de sangre británica existía, oculta en el aspecto físico, y muy perceptible en su conformación moral e intelectual. Esa magnánima disposición del ánimo, esa cordialidad

siempre abierta, ese elogio inteligente y generoso que fluía de sus labios y su pluma, son condiciones poco frecuentes en el ambiente criollo, más dispuesto a la crítica represiva que a añadir la propia vibración a los valores ambientales.

Las labores de escritor de *Januario Espinosa* se trifurcan en el periodismo, la literatura imaginativa y los ensayos históricos. El más ancho espacio de su tiempo y actividad fué consagrado a la ficción, al género esencialmente creador. Puede decirse que se inició con su novela «*Cecilia*», con la cual conquistó súbitamente una reputación de primera línea.

Se trataba de una obra original, vigorosa, de sutil atractivo. Un idilio provinciano y sencillo, única nota de encanto en vidas humildes y cercadas por circunstancias adversas, se unía a la seducción de poéticas descripciones y de un estudio de almas hecho con amor y no con tecnicismos psicológicos. La novela fué premiada en el mejor certamen literario de su tiempo y la crítica la elogió con rara unanimidad. El autor ocupaba un puesto en el *Telégrafo del Estado*; había recogido los materiales para su obra en el ambiente de provincias, en que lo movían sus funciones. Estimulado por el éxito y por su firme vocación, sigue escribiendo. Fruto de sus observaciones profesionales es también su curioso libro «*Un viaje con El Diablo*», relato de una excursión a pie entre *Santiago* y *Valparaíso*, en compañía de un guarda-hilos que tenía ese singular apodo: *El Diablo*. Es una narración llena de amenidad, en que el arrobamiento ante la naturaleza, durante la magnífica jornada a pie, va alternando con la vigorosa descripción de tipos que se encuentran en el camino, y especialmente con el compañero de ruta, *El Diablo*, que es un ser algo mefistofélico, truhán,

aventurero empedernido y con sus rasgos demoníacos, pero también con una honda veta de hombría y de dulzura, escondida muy al fondo de su duro y ríspido carácter. En esta obra se ponen a luz las cualidades de Espinosa: conocedor profundo de almas y temperamentos; su afición a exhumar leyendas tradiciones y consejas, porque ellas contienen la decantación de la experiencia y la sabiduría milenaria del pueblo y su poética visión de la vida; su agilidad y riqueza de estilo, que le lleva a vestir con propiedad y también con suntuosidad a veces sus personajes y relatos.

Sin espacio para reseñar mucho su labor, queremos llegar pronto al libro de cuentos que más nos ha deleitado, y que es fruto de su rica madurez: «La Ciudad Encantada». Son cuentos de la pampa de Atacama, relatos mineros, donde admira la fiel captación de las costumbres, la psicología del minero y el áspero ambiente en que se desarrolla su azarosa, trágica y dura vida. El cateador, el apir, el pirquinero, el capataz, todos desfilan por esta colección de cuentos y cada cual nos da la impresión fiel y nítida de su realidad. Pocos escenarios y tipos más interesantes que éstos de nuestros desiertos mineros. Allí el hombre aprende a vivir de ilusiones, con un mínimo de base real, y la imaginación se enciende y forja quimeras y sueños fabulosos. Cada minero lleva encendida su lámpara de Aladino en la fantasía. La proyecta sobre las ásperas serranías, sobre las cadenas interminables de cerros que cercan la tierra quemada y sedienta, y ve surgir palacios de maravilla, riquezas portentosas, tesoros inagotables, con los cuales se lanza a viajar y a vivir en los escenarios más opulentos como un Nabab. Festines, orgías, mujeres magníficas brindando sus arcas de deleites, ríos inagotables de vinos y licores,

todo va a salir de pronto del hosco semblante de la montaña que se va a abrir para dar paso al cortejo inverosímil.

Tanto sueña el minero, que la Pampa se le puebla de visiones estupendas y la soledad no está en parte alguna. El cateador va montado en su macho taimado y sufrido y los arenales grises y las arrugas milenarias de los cerros le hablan y le muestran inagotables aspectos. ¿Tiene tal vez el minero la memoria subconsciente que retiene lo que esos páramos han sido y un extraño presentimiento de lo que serán? La desconcertante singularidad de su vida, que se desenvuelve en normas de quimeras, en líneas de sueño, le da un alma muy distinta de quien está anclado en la realidad inmediata y él se vincula por nexos sutiles y desconocidos a cosas imperceptibles para el común de los mortales.

Uno de los cuentos de *Januario Espinosa*, que pone más de relieve esta vinculación del minero con planos de fantasía, es el que da título al libro: «*La Ciudad Encantada*».

Tal ciudad es invisible para el caminante o el viajero vulgar. Pero el cateador que vuelve extenuado y exhausto de sus largas andanzas por las montañas, con el cuerpo derrumbado por la fatiga y la cabeza afiebrada, tiene el don de ver, durante la noche, *La Ciudad Encantada*. El relato está presentado con sabia técnica. El cateador ha llegado al anochecer a un altozano, un portezuelo desde donde se alcanza a columbrar una extensa hondonada. Al pie de un espino, que las sequías han estrujado y retorcido, estira su montura, luego de atar al árbol la cabalgadura. Y no sabe si se queda dormido o sigue en vigilia. Lo cierto es que comienza a sentir extraños ruidos: tropas de mulas que

llegan entre interjecciones de arrieros y chasquidos de látigos; ruido de costales que caen al suelo ríspido; luego voces de mujeres; disputas de beodos, risas de hombres y mujeres ebrios. Nuestro hombre mira hacia el sitio de tanta algazara y ve una ciudad iluminada, agitada en una nocturna vida febril, como todas las ciudades de los centros mineros. La agitación continua. Hay incluso una pelea a cuchillo, entre hombres que salen borrachos de una cantina. Carreras, gritos, intervención de la policía. Todo el cuadro del campamento minero es formidable de fuerza y animación. El cateador se pregunta extrañado cómo no vió esa ciudad tan próxima allí a unas cuantas brazadas, del sitio donde él llegó a acampar al anochecer. Por fin se queda dormido y todo cesa. Cuando despierta con las primeras claridades matinales, se incorpora y vuelve los ojos ávidos hacia la ciudad que con sus escándalos lo ha tenido desvelado gran parte de la noche. Y allí sube de punto su asombro. No hay tal ciudad ni nada. Sólo un llano desierto, erizado de rocas y surcado por la huella minera. Pero lo más asombroso es que el macho también mira hacia el emplazamiento de la ciudad embrujada, con las orejas y la tusa crispadas, resoplando de pavor, tratando de adherirse al suelo pedregoso con sus cuatro patas rígidas para no tumbarse de espanto. Ha visto y oído la ciudad durante la noche, y al constatar que la luz del día la borró del mundo, se sublevan todos sus oscuros instintos.

Januario Espinosa, llevado por su vigorosa imaginación, amaba las leyendas, consejas y supersticiones, todo ese esfuerzo del pensamiento humano por expandir y dilatar el mundo en que vivimos, ya que en verdad somos moradores de un mundo subjetivo más que exterior. El Alicanto, pájaro de plumajes de oro que

defiende los áureos yacimientos de los mineros espolcados por la codicia, y los va arrastrando con su miraje fantástico hasta que los despeña a un precipicio, es otro de los relatos en que puso mayor cariño.

Una de sus novelas más celebradas fué «La Vida Humilde», relato vigoroso y ceñido de una familia venida a menos, que lucha con la adversidad, se purifica y acendra en la pobreza y pone al desnudo toda la tragedia, valerosamente llevada, de un brusco descenso en la sociedad. «La Tentación de Ana María» es otro de sus relatos fundamentales, como también «La Señorita Cortés Monroy». La acuidad de su observación lo llevaba a deleitarse en el análisis de las almas, la exploración de caracteres, el lento sucederse de las mutaciones de pasiones y estados de ánimo. Así llegó a reunir un acervo de novelista realmente cuantioso. Todavía hizo incursiones por la novela policial, publicando algunas como folletines en los diarios con el pseudónimo de Julián Doble.

Su labor histórica concretó en dos macizas biografías: «Don M. Montt», admirable semblanza de un carácter recio y de un decenio tumultuoso y «El Abate Molina», silueta del jesuíta que no respetó dogmas ni comuniones en la libre interpretación de la naturaleza.

En el periodismo cumplió tarea brillante y amplia. Aquí aparece más claramente su grandeza moral, su afán de servir a sus semejantes, de impulsar el progreso, de poner el acento en lo positivo y bueno, olvidando lo pequeño y destructor. Su corazón era el imán que recoge el metal noble y deja en el suelo la broza deleznable. Así se fué enriqueciendo, pues en la vida asimiló de preferencia perfumes, resplandores, destellos, todo lo que es grande y noble y tiene un

hálito de Dios, dando de lado todo lo que puede ensombrecer o empequeñecer el espíritu.

En el océano diáfano del aire, se cruzan las abejas y las mariposas, con las moscas y las avispas. Unas van hacia las flores, los aromas y los cantos. Las otras hacia los charcos y pestilencias. Entre los seres humanos hay la misma diversidad de rumbos. Unos suben a morar en la luz y la melodía, mientras otros bajan hacia lo infecto y letal. *Januario Espinosa* tenía su alma imantada hacia la claridad, la excelsitud y la belleza.

Por eso nos marca un rumbo y anhelamos seguir en su estela luminosa.

PRESENCIA DE SALOMON AHUES ABUKHALIL

por MOISES MUSSA

En una fiesta blanca y tremante del espíritu como es ésta, no podíamos dejar de convivir con *Salomón Ahués A.*, quien, en un 22 de diciembre, abandonó su joven envoltura corporal, con el objeto de romper el férreo marco del tiempo del espacio y superar todo olvido y ausencia, para estar siempre a nuestro lado.

¿No sentís su presencia? pregunto. . . Veo su frente preñada, sus ojos escrutadores y profundos, su pálido color, su magra textura orgánica, el rictus amargo y dulce, a la vez, de sus labios, sus manos afiladas por el trabajo y el arte; pero, más que ver su esfumada figura quiijotesca, siento su espíritu entre una música de alas y de altura. No ha desaparecido. La suya, en esta hora, no es una reminiscencia; es un recuerdo nítido, tenaz, profundo y extenso.